

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

EL PRESIDENTE VAN THIEU VIAJA A LOS ESTADOS UNIDOS

Pocos viajes han deparado menos sorpresa que el efectuado a los Estados Unidos por el presidente Van Thieu, viaje deseado desde hace años, pero sólo concertado en el pasado enero, acaso para hacerle tragar la amarga píldora de los Acuerdos de París, contra los que luchó victoriosamente en octubre de 1972.

El presidente Van Thieu llegó a Los Angeles el 2 de abril, cuando, salvo los 159 *marines* que custodian la Embajada estadounidense en Saigón, había salido de Vietnam del Sur el último soldado norteamericano y de Vietnam del Norte el último prisionero. Y en San Clemente, por vez primera, pudieron verse las caras los dos presidentes, cuyos criterios, cuando menos, dispares provocaron una gran tensión en vísperas de las elecciones presidenciales, consiguiendo el enano vietnamita—posiblemente animado por el Pentágono—que Richard Nixon no presentara a sus electores un alto el fuego recién firmado. De hecho, no bien reelegido, les presentó la reanudación de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, quedando el llamado Acuerdo de paz con algún retoque con relación al de octubre para más adelante. Aunque los buenos modales diplomáticos y sociales limen asperezas, puede estimarse que los choques habidos anteriormente han estado presentes en las conversaciones entre los dos jefes de Estado, si bien no fueron ellos quienes sufrieron desplantes y bufidos, sino sus respectivos representantes. Posiblemente la reciente tensión ha influido para que el presidente Nixon se tomara en serio las peticiones del dirigente survietnamita, que tanto apoyaron los Estados Unidos con motivo de las elecciones en Vietnam del Sur de 1971. El tiempo ha demostrado que, lejos de ser dócil instrumento de Washington, Van Thieu tenía arrestos como para hacerle frente, llegada la hora de dar su asentimiento en condiciones que no le convenían. Sin embargo, Washington no podía ignorar que tenía personalidad y singular ener-

gía quien, como Van Thieu, se mantiene en el poder desde junio de 1965, después de poner término al desbarajuste provocado por la retahíla de gobiernos militares que se sucedieron en Saigón después de la caída y muerte del presidente Ngo Dinh Diem, el 1 de noviembre de 1963.

En su viaje a los Estados Unidos, el presidente Van Thieu perseguía, en primer término, el objetivo de asegurar la ayuda económica norteamericana para su país. Pese a «los lazos amistosos y duraderos», destacados con motivo de las entrevistas de los dos presidentes, no parece que Van Thieu lograra el pretendido incremento de ayuda en 200 millones de dólares. Con todo, podrá darse con un canto en los dientes si el Congreso afloja la bolsa para concederle en el año fiscal que empezará en julio de 1973 los 500 millones de dólares del anterior.

El otro objetivo era considerar con su interlocutor las dos perspectivas de futuro de Vietnam del Sur. Una de ellas, optimista, es avanzar, aunque sea a trompicones, hacia las metas señaladas por los Acuerdos de París, muy parecidas a las contenidas en las Convenciones de Ginebra de 1954, aunque con una diferencia de bulto. En Ginebra se reconoció la división de Vietnam. En París se ha dado por sentado la división de Vietnam del Sur, debido a zonas ocupadas por el Vietcong. Su extensión no se ha precisado y acaso sea preferible «no meneallo». En cambio, la población controlada por el Vietcong sería de un 10 por 100, dado que en territorio gubernamental se arraciman los refugiados. Es decir que junto a un Vietnam rural semidesértico hay otro superpoblado, constituido por ciudades y vías de comunicación. Esta realidad, expresada con el eufemismo de «la piel de leopardo», impone la conveniencia de prestar especial atención a la otra perspectiva, que es la reanudación de la guerra. En razón de las múltiples violaciones del alto el fuego, la situación es de conflicto en tono menor, lo que no es una perspectiva, sino un hecho que no está separado por un abismo del conflicto a secas. De ahí que el general Van Thieu pretendiera que el presidente Nixon le diese por revocable la decisión de retirada de las fuerzas norteamericanas y se comprometiera oficialmente a una nueva intervención, de ser necesaria.

En esto el general Van Thieu no ha tenido éxito, por lo menos de modo oficial. Ciertamente, el nuevo jefe del Pentágono, Elliot Richardson, ha amenazado con repetir el minado de los puertos norvietnamitas y los bombardeos masivos —los B-52 siguen estando a mano en Tailandia—; pero el presidente Nixon, aun profiriendo «serias advertencias», no se ha comprometido a volver a las andadas, lo cual, entre otras cosas, implicaría dudar de la capacidad

defensiva de Vietnam del Sur, que le permite, dijo, «escoger libremente su destino». Muy aleatoria parece esa libertad de opción.

En efecto, aunque entre técnicos, peritos y agregados militares permanecen todavía en Vietnam del Sur unos 7.000 norteamericanos, carecen del apoyo de la infraestructura del ejército expedicionario. De desencadenar los comunistas la ofensiva que hace temer su actividad solapada al sur del paralelo 17, ¿cómo aguantaría el empujón el ejército «vietnamizado» del Gobierno de Saigón? El prometido apoyo aéreo y tal vez naval norteamericano ¿sería factor decisivo de contención por lo menos? Son interrogantes a los que ojalá los hechos no den contestación. Porque las advertencias formuladas por el presidente Nixon, de tener que convertirse en decisiones de índole militar, tropezarían con serias oposiciones internas y eventuales reacciones internacionales. Ni la URSS ni China Popular pueden renunciar a su papel de defensores de los países agredidos por el «imperialismo yanqui», por mucho que pueda perjudicarles desde el punto de vista nacional mantener esa postura. Es decir, la cautela que impone a Washington cuanto se relaciona con la malhadada guerra del sureste asiático, que, mientras el general Van Thieu viaja, se recrudece en Cambodia, se mantiene en Laos—pese a los recientes acuerdos de Vientian—y a la que no han puesto término en Vietnam del Sur los Acuerdos de París.

En el pasado octubre el presidente Van Thieu dijo: «Sabemos que si nos unimos a los comunistas, éstos se aprovecharán de las divisiones internas para apoderarse del gobierno.» El viaje de Van Thieu a los Estados Unidos y seguidamente a otros países—incluido el propósito de visitar a Pablo VI—¿fortalecerá su posición, al extremo de neutralizar las oposiciones existentes en el campo survietnamita y reconocidas por el propio Van Thieu? Si a ello se agregan los numerosos combatientes y el nutrido material bélico detectados por los servicios norteamericanos como infiltrados en el Sur desde el 27 de enero pasado, el permiso para volver a casa que se dieron los Estados Unidos después de firmados los Acuerdos de París es algo muy distinto de la misión cumplida de asegurar la supervivencia y soberanía de Vietnam del Sur. Porque una cosa es echarse alegremente un fardo a cuestas y otra llevarlo a su destino.

COOPERACIÓN SOVIÉTICO-MARROQUÍ

Es quizá consecuencia lógica del fenómeno turístico de nuestro tiempo que la movilidad de los dirigentes de todos los países sea factor integrante de la política internacional y la diplomacia. El caso es que raro es el comentario de actualidad que no deba centrarse en un viaje o viajes. El avión y la coexistencia pacífica son los artífices de esta nueva modalidad de las relaciones entre gobiernos, de las que facilitan reciente ejemplo práctico las que se están desarrollando rápidamente entre Marruecos y la URSS. Tales relaciones no datan de ahora, pero tuvieron un ritmo cansino en lo diplomático, lo que no impidió un progresivo incremento de los intercambios comerciales. Se han multiplicado en los últimos diez años, convirtiendo a la URSS, después de Francia, en la máxima importadora de productos marroquíes. Efectuados en sistema de *clearing*, esos intercambios hacen que el 60 por 100 del petróleo que consume Marruecos y no pocos equipos industriales sean de procedencia soviética. Paralelamente a esta vinculación comercial, hay que señalar una cooperación técnica, tendente a aumentar en primer término el potencial de energía eléctrica de Marruecos mediante la construcción de un complejo hidroeléctrico y una central térmica, entre otros proyectos más o menos ultimados. Por lo tanto, si las relaciones diplomático-políticas entre Rabat y Moscú han tomado la carrerilla, han podido hacerlo por el ya trazado camino de una ayuda con vistas al desarrollo económico que está pidiendo a gritos ese país, remecido por hondas tensiones políticas y sociales. En lo que atañe a las diversas tendencias de izquierda, no puede excluirse *a priori* que Hassan II pretenda neutralizar su influencia cobijándose a la sombra de la URSS.

Con un margen mínimo de error, tal sentido puede atribuirse—entre otros—al viaje que, junto con una misión militar marroquí, hizo a mediados de enero a Moscú el ministro de Asuntos Exteriores marroquí, Ahmed Taibi Benhima. Debió de dejar tan claramente expuestas a sus interlocutores las buenas disposiciones de su Gobierno que, apenas transcurridos dos meses, llegó a Marruecos una nutrida misión militar soviética, encabezada por el general Bolchok. Coincidió con el aireado envío de fuerzas marroquíes al frente sirio, con la eventual protección de la fuerza naval soviética, lo que permitía dar a los cabildeos entre Rabat y Moscú el carácter de mera ampliación del apoyo que la URSS presta oficialmente al mundo árabe en su lucha contra Israel. La falta de noticias sobre la llegada a Siria de la

expedición militar marroquí se ha compensado con la de que el 5 de abril regresó de Moscú—donde pasó un par de semanas—de una numerosa delegación de expertos, presidida por el ministro de Comercio, Industria, Minas y Marina Mercante, Abdelkader Bensliman. Su estancia había coincidido con las jornadas de trabajo de la Comisión Intergubernamental Permanente de Cooperación, que preparaba las tareas de la delegación soviética que se trasladará en breve a Marruecos para poner en marcha el programa estudiado en las conversaciones del señor Bensliman en Moscú. Por supuesto, ni en las comunicaciones oficiales ni en las referencias informativas se ha aludido a la cooperación militar, indudable, que tiene dos vertientes. Una de ellas, marroquí, apunta a reorganizar, con el asesoramiento de «consejeros extranjeros», un ejército desarticulado después de los dos atentados contra el rey. Ese ejército remozado podría lo mismo hacer frente a rebeliones armadas internas que actuar fuera de las fronteras marroquíes. La otra vertiente es la relevancia del factor marroquí para la estrategia global soviética, que, junto al establecimiento de la seguridad en Europa, no descuida el fortalecimiento de su posición en el Mediterráneo. Es de señalar que el interés de la URSS por Marruecos coincide con una mengua de su implantación en los países árabes mediterráneos, en particular Egipto, donde la decisión del pasado 18 de julio del presidente Sadat de prescindir de los asesores militares soviéticos abrió grietas en el edificio construido en ese país para convertirlo en base operativa de influencia soviética en el mundo árabe y el Mediterráneo. Cierzo que el funesto y contumaz pro israelismo de los Estados Unidos ha constreñido a Egipto a apuntalar tal edificio, pero no tanto como le convendría a la URSS, por cuanto el coronel Gadhaffi es un obstáculo, dado su antisovietismo militante. Por desgracia para la vanamente perseguida unidad de los árabes, no le va a la zaga su «antihasanismo». Ello contribuye a hacerle el caldo gordo a la URSS, que, al socaire de los temores que inspira a Rabat el apoyo libio a la oposición, presente en Trípoli bajo la dirección de Mohamed Basri, y de la «identidad de criterios en materia de descolonización», está tratando de sentar sus reales en un sector geoestratégico de capital importancia, ya que permite controlar el Mediterráneo, incluida Libia, su petróleo y el coronel Gadhaffi; en realidad, punto ínfimo en la magnitud de problemas que plantearía al mundo occidental el que la URSS predominara en Marruecos.

Conseguirlo es operación que requiere tiempo y paciencia, pero la estrategia global soviética no se empeña en el logro inmediato y espectacular

de los objetivos. Suele perseguirlos indirectamente, o sea apuntando hacia otra dirección que la deseada. Así, el camino más corto para imperar en el Mediterráneo no tiene por qué pasar por el Estrecho, sino por el Sur. Es más: esa estrategia se aviene con concesiones que, a primera vista, parecen traiciones a la ideología que inspira la acción soviética. Porque no deja de ser incongruente que la URSS ponga por obra medios tendentes a consolidar el trono de Hassan II, que desde hace quince años ha prohibido y persigue al partido comunista de Ali Yata—como se daba el caso en Egipto con el partido comunista prohibido por Nasser—, y que el propósito de cooperar en el desarrollo de Marruecos dé pábulo a una monarquía puesta en tela de juicio por toda la izquierda marroquí.

Para Enrique IV «París bien valía una misa». Para Moscú, estar y sobre todo consolidarse en el Mediterráneo, utilizando un país clave para su dominio y, por ende, del petróleo allí existente, bien vale incluir en su juego a Hassan II. Lo preocupante en este caso no es tanto el destino que el futuro depara a la dinastía alauita y su actual representante como las consecuencias que para el mundo occidental—y en primer término para España—puede tener la nueva orientación de la incansable actividad soviética en la persecución de sus objetivos. Sin duda, los Estados Unidos ponen dificultades para su logro, pero el escarmiento de Indochina acaso pueda tornarlos cautos y primordialmente preocupados de sus intereses directos e inmediatos, su economía y sus escándalos políticos. En cambio, la URSS, con problemas económicos o sin ellos, sigue haciendo hincapié ora en realidades tangibles—como son las dificultades económico-sociales de Marruecos—, ora en sueños—como son ambiciones territoriales—, y desarrolla su política nacional-ideológica.

LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA, YUGOSLAVIA Y SUS PROBLEMAS

Es tal el cúmulo de insólitos e inesperados acontecimientos que se suceden en el mundo, que se ha agotado la humana capacidad de asombro. Por ello, como la cosa más natural del mundo, se inserta en la actualidad internacional la noticia de que el presidente Tito y el canciller Brandt, que ha visitado a Yugoslavia del 16 al 20 de abril, han sacado de pila, en cordial compadrazgo, un acuerdo germano-yugoslavo sobre indemnizaciones de guerra. Por supuesto, nadie duda que las fuerzas alemanas provocaron destrucciones en Yugoslavia durante la II Guerra Mundial. Es consecuencia lógica e inevitable de

todas las situaciones bélicas. Lo que no se impone tanto es que los vidrios rotos por el III Reich haya de pagarlos la República Federal, cual si fuera su heredera, mientras que la República Democrática ha decretado, de una vez y para siempre, no tener nada que ver con aquel funesto predecesor, lo que la pone a salvo de todo sentimiento de culpabilidad y le ahorra el pago de unas indemnizaciones que acaso no sean las últimas a abonar por Bonn. Aunque el canciller Brandt dijera que lo acordado con Yugoslavia no tenía por qué crear un precedente, sería asombroso que, debido a la puntualización del dirigente germano, los países del Este invadidos por alemanes durante la última contienda a escala mundial renunciaran a pasar la cuenta por daños sufridos.

No se quedó corto el presidente Tito a la hora de pedir reparaciones de guerra: 2.000 millones de marcos. La República Federal hizo una contraoferta: 100 millones de marcos. Por consiguiente, era mucho el trecho a recorrer para llegar a un acuerdo. Por ser «amistosas y dinámicas» las relaciones reanudadas desde hace cinco años entre Bonn y Belgrado, antes que acortar distancias metiéndose en chalaneos, se ha adoptado una fórmula de indemnización que es un programa de ayuda a largo plazo, con amplias facilidades crediticias a las empresas industriales yugoslavas y ventajas para el medio millón de emigrantes que trabajan en la República Federal—se calcula que hay otro medio millón de estos trabajadores en los demás países del Mercado Común. Finalmente, se ha formado el propósito de estudiar un plan de cooperación bilateral que, de llevarse a la práctica sería miel sobre hojuelas para la derrengada economía yugoslava, cuya baja tasa de crecimiento tiene el agravante de una inflación incoercible.

No es mucho más halagüeño el panorama interior en lo político, por cuanto la crisis que se produjo en Croacia en diciembre de 1971 sigue teniendo lo que en términos médicos se llama efectos secundarios. El más llamativo es la serie de destituciones de «liberales» o demasiado apegados al marxismo-leninismo en versión de Tito, que era antisoviética. A ello se suma el incremento de detenciones en Croacia, después de que se señalara a finales de marzo la actividad de una guerrilla. De su existencia es prueba incuestionable el fusilamiento el 12 de abril, después de denegarles Tito la petición de gracia, de tres de los miembros de la «Hermandad Revolucionaria Croata», o sea «terroristas» para Yugoslavia. De haber actuado en otros países hubieran sido «patriotas». En definitiva, eran tres seres humanos. Su suerte no ha conmovido en absoluto la «conciencia universal», sumida en ocasiones en sospechoso sueño.

Las circunstancias económicas e internas, señaladas de paso, no han dejado de influir en la política exterior de Yugoslavia. Por ejemplo, ya no le da tanto a la tecla del «neutralismo», en el que era mentor de países recién independizados e irritados con el mundo occidental. Se trata ahora primordialmente de establecer la coexistencia con los países del Pacto de Varsovia, y en particular con la URSS, cuya enemiga podría ser peligrosa cuando la cohesión del país y del partido dejan que desear. Con los países occidentales no ha sido preciso tomarse ese trabajo. Su benevolencia para con Yugoslavia es indefectible desde la gran pelotera con la URSS en 1948. Pero el tiempo ha hecho su obra y las cosas han cambiado entré Belgrado y Moscú. Así, en recientes declaraciones a la publicación *Vjesnik*, el presidente Tito dijo que las relaciones yugoslavo-soviéticas habían mejorado mucho desde el viaje de Breznev a Yugoslavia en 1971, extremo que se aprecia sobre todo en el aumento de la cooperación económica y en el crédito de 1.000 millones de dólares que concederá la URSS, completando el de 540 millones de dólares del pasado noviembre.

Sin embargo, de ahí a dar por hecha —cuando menos, en lo inmediato— la cesión a la URSS del puerto de Fiume, de la que se ha hablado hace poco, que reforzaría su posición en el Mediterráneo, quizá haya una seria diferencia. Con todo, queda el interrogante del objetivo real de la construcción, con créditos soviéticos, del ferrocarril Belgrado-Bar, soñoliento puerto del Adriático próximo a Albania, que, por cierto, no las tiene todas consigo cuando mira a su vecina. En todo caso, en las conversaciones Brandt-Tito, se mencionó el temor —muy aireado por Tito— de que el relajamiento de la tensión en Europa, que persigue la Conferencia de Seguridad, tuviera la contrapartida de un aumento de la tensión en el Mediterráneo, donde sigue a punto de explotar la caldera proximooriental, según expuso ampliamente la delegación yugoslava en Helsinki. Es decir, que aun sacando el máximo provecho de un acercamiento a la URSS, singularmente beneficioso en materia de créditos y de intercambio comercial, el dirigente yugoslavo está alerta. Ha de estarlo tanto más cuanto que en el ejército de su país hay un núcleo de militares pro soviéticos al que no han alcanzado las depuraciones de generales sospechosos de simpatizar con los autonomistas de Croacia, y que esos pro soviéticos se benefician con un endurecimiento del sistema. Es un aspecto de la política interna yugoslava que se combina con una coexistencia generalizada, a su vez compatible con el principio de un neutralismo que ya no saca a Moscú de quicio. Tan es así, que Moscú ha propuesto a Tito para el Premio Nobel de la Paz.

Pero el presidente Tito no es inmortal, y cabe preguntarse si él o los que le sucedan tendrán su maña para disfrutar de una patente de corso de los occidentales, de libertad de movimientos con el visto bueno de Moscú y de la habilidad y energía suficientes como para resistir los tirones más o menos autonomistas de Croacia, manteniendo ensamblada en una federación a seis repúblicas y dos territorios autónomos con etnias, idiomas, culturas y tradiciones religiosas distintas. Quién sabe si Moscú no juega con Belgrado una especie de partida de inocuo parchís para hacer tiempo, el que se necesita para que se den mejores circunstancias: las que permitan la vuelta al redil de una Yugoslavia cuyo predominio en el Adriático y acceso directo al Mediterráneo es de singular importancia.

CESES EN EL POLITBURÓ Y ¿POLÍTICA DE BREZNEV?

No por celebrarse sin alharacas, los plenos del Comité Central del Partido Comunista soviético dejan de originar conjeturas y comentarios en los países occidentales. Sin embargo, pocos han suscitado tantas especulaciones como el que ha finalizado el 27 de abril, en el que se acordó el cese de Piotr Chelest y Gennadi Voronof en el *Politburó*, que es el organismo de suprema decisión política de la URSS y su más poderoso instrumento de gobierno. Los ceses de estos dos miembros han dado pie a la conclusión de que eran apartados en razón de su oposición a «la política de Breznev», a la que, en cambio, son favorables el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, y el ministro de Defensa, mariscal Grechko. La entrada del mariscal Grechko en el sanctasantórum soviético se veía al trasluz en el discurso que pronunció en la Conferencia de Secretarios del Partido Comunista en las fuerzas armadas (27 de marzo de 1973), en el que destacó la unidad existente entre aquéllas y el partido. Era decir que tanto monta el ejército como el partido, lo cual era lo tradicional en la URSS. Pero Stalin dio al traste con esa tradición, que Jrushev reanudó. Por ello es una simplificación que deforma la realidad decir: «Grechko apoya la política de Breznev.»

Además, cabe preguntarse: ¿qué se entiende por «política de Breznev»? ¿La coexistencia y cooperación —ventajosa para la URSS— que sustituyen una competición que llevaba al choque armado?, ¿los esfuerzos en pro del

desarme—sobre todo del bloque occidental—y la seguridad que consolida el actual *statu quo*? Llamar «política de Breznev» a semejante orientación exterior de la URSS equivale a observar el proceso al día, y no en conjunto, prescindiendo de dos hechos relevantes. Uno es que desde que adquirió corporeidad histórica, la URSS actúa en función de una estrategia global a largo plazo, inspirada en una ideología que las circunstancias no han modificado, aunque se haya ido adaptando tácticamente a esas circunstancias. El otro es que no por imponerse Breznev como el más destacado de los dirigentes soviéticos deja su acción de estar controlada —cuando menos hasta ahora— por órganos del sistema, uno de ellos el Politburó. La caída fulminante de Jrushev el 15 de octubre de 1964, que es de suponer no llenó el Comité Central y el Politburó de enemigos suyos, es exponente de que en la URSS se han tomado medidas precautorias en evitación de que el secretario general pueda alzarse con el santo y la limosna e imponer una nueva era Stalin o desviarse de una línea política ya trazada por el partido y el ejército, que son las dos caras del dios Jano del comunismo. De suerte que la llamada «política de Breznev» es suya en la medida en que la desarrolla debido a su cargo. No hay tal «política de Breznev» en el sentido de que es fruto de su talento personal o imaginación creadora. Hay, sí, que la misma obra musical «suen» de modo distinto según sea el director de orquesta que lleva la batuta.

En realidad, la discreta ruptura con el principio enunciado por Lenin de que «la existencia de la República soviética al lado de Estados capitalistas» debía provocar inevitablemente «una serie de terribles colisiones» data de principios de los años cincuenta. Por no ser profeta, Lenin no pudo prever que el arma atómica obligaría a replantear fundamentalmente el esquema de la revolución mundial o triunfo del marxismo a escala planetaria. Fue el propio Stalin quien tuvo atisbos de que en la era nuclear no tenía cabida la expansión revolucionaria pensada por Lenin en términos de conflicto armado y, poco antes de morir, admitió en un susurro la posibilidad de «un cierto período de coexistencia pacífica entre el mundo burgués y el mundo proletario», extremo éste que también han admitido los chinos, por mucho que acusen a los soviéticos de «colusión con el imperialismo yanqui». Correspondió a Jrushev en el XX Congreso del PCUS (1956) rastrear en los escritos de Lenin y desplegar sus dotes dialécticas para justificar un cambio radical de la política exterior soviética, basada en el principio de lo inevitable de la guerra, que venía informando su ac-

ción de cara al mundo desde 1917, para sustituirlo por el de la coexistencia, sin renuncia de los objetivos implicados en el marxismo-leninismo. El XXI Congreso (1959) refrendó la conveniencia de adoptar la competición en el marco de la coexistencia. Y así, sin interrupción, hasta el último Congreso (el XXIV), lo que priva al camarada Breznev de la posibilidad de haberse sacado de la manga una política, al extremo de llamarla «su» política. Por cierto, bajo su dirección ha sufrido el percance de la invasión de Checoslovaquia, que adquirió ribetes stalinistas cuando formuló la doctrina de «la soberanía limitada», al parecer, apuntada por el ejército. Asimismo, en tiempos de Jrushev, la coexistencia tropezó con el levantamiento de Hungría (1956). Pero en ninguno de estos casos se corrió el riesgo de un enfrentamiento directo con los Estados Unidos, que suponía el exterminio del género humano o poco menos.

O sea que, desde hace cosa de veinte años, el hecho atómico y la consiguiente disuasión han impuesto la coexistencia, que no excluye cierta libertad de acción de forma que «la paz sea la continuación de la guerra con otros medios». Es muy de observar que jamás los dirigentes soviéticos han empleado el término «convivencia» para definir su política. Por muy poco versados que estén en semántica, no ignoran el matiz diferencial entre uno y otro vocablo, ni las consecuencias que entraña. Es decir, que Breznev actualmente —mañana puede ser otro— se limita a recorrer con su estilo personal —un dirigente soviético no es forzosamente un *robot*— los tramos que separan a la URSS de la meta prefijada en una doctrina de la que se nutre y que configura su acción. Esa meta, probablemente no la alcanzará Breznev, pese a la rápida decadencia del mundo occidental. Son muchos los obstáculos que estorban la realización de un programa de futuro que le viene como anillo al dedo al mesianismo ruso. Uno de tales obstáculos, y no el menor, es el bache económico y agrícola en que ha caído el país y que obliga a contar con los países capitalistas, en primer término con los Estados Unidos, imprevista forma de coexistencia que permite a la URSS rehacerse y seguir adelante. También las aguas de los ríos fluyen hacia la mar, pese a montañas, colinas y collados. Meros collados son los miembros del Politburó, cuyo reloj se ha parado en los tiempos de la expansión del marxismo-leninismo, lograda mediante «terribles colisiones». La realidad impone la coexistencia que se puso a la orden del día por boca de Jrushev. Breznev la impulsa como fiel servidor de una ideología que perdura mientras los hombres pasan, tragados por el tiempo o las circunstancias. La dilatada

presencia del eficaz y adusto Andrei Gromyko al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores es prueba patente de la continuidad de la política exterior de la URSS, cualesquiera que sean las borrascas internas.

REUNIONES PETROLÍFERAS

Las cosas van tan de prisa en estos tiempos de «aceleración de la Historia» que el acuerdo petrolífero suscrito en Ginebra en 1972 para establecer un «mecanismo automático» destinado a resolver los problemas derivados de eventuales fluctuaciones del dólar ya estaba desfasado el año siguiente. Tal se desprendía de la reunión de la OPEP celebrada en Viena en los días 16 y 17 de marzo. Por consiguiente, sólo cabía una revisión de aquel acuerdo, como del de Teherán de 1971, que parecían tener la virtud de salir al paso de las reivindicaciones de los países productores, ya que una cláusula del acuerdo de Ginebra preveía un aumento del precio del crudo de producirse una devaluación. Pero de aplicarse según los términos del acuerdo de 1972, el aumento se limitaría a un 7,2 por 100, cuando el dólar se ha devaluado en un 10 por 100. Fue Venezuela la que levantó la liebre reivindicadora al imponer a sus crudos un aumento de 8,8 por 100. Además de esta cuestión, surgieron en aquella reunión de Viena suspicacias en torno al llamado «acuerdo de Nueva York», por el que los países productores habían de ir participando paulatinamente en el control de las compañías petrolíferas hasta un 51 por 100 del total. Celebrado en su día como un éxito de los países productores, el «acuerdo de Nueva York» tiende a imponerse «como un acto político destinado a salvaguardar los intereses occidentales en el Medio Oriente», como dijera el chej Jabu Alí, brazo derecho del emir de Kuwait, en la reunión de mediados de marzo, en la que ya apuntaron los escollos en los que iban a tropezar las negociaciones entre la OPEP y las grandes compañías internacionales de Occidente, que terminaron en Viena el 24 de abril, como el rosario de la aurora. Porque resulta claro que las reivindicaciones de los países exportadores no son sólo económicas y limitadas a discutir la cuantía del aumento del crudo. La reivindicación tiene una faceta política.

Aunque la cuestión del reajuste de precios dominara finalmente la reunión del pasado marzo, su objeto oficial era tratar de la «crisis energética», consecuencia del constante incremento del consumo mundial. En opinión de Venezuela, un aumento excesivo de la producción agotaría en

unos años yacimientos que los países productores necesitan para un desarrollo industrial que, en la mayoría de esos países, apenas si está en sus balbucesos. La sombría perspectiva de la adelantada muerte de la gallina de los huevos de oro no se modifica como una elevación en lo inmediato del precio de los huevos. Se trataba, por lo tanto, de coordinar las políticas de producción petrolífera. Pese al criterio decididamente restrictivo de Venezuela y Kuwait, no lleva camino de lograrse. Así, prescindiendo de Libia, Argelia e Irán, que van un poco a su aire, aunque Arabia Saudita proclame su solidaridad con los demás miembros de la OPEP—singularmente los del golfo Pérsico o Arábigo—, se da por sentado que ha accedido a duplicar su producción a ruegos de la ARAMCO. De ahí, tal vez, que para desanimar a los combativos en la reunión de Viena del pasado marzo evocara el peligro de que las exigencias de la OPEP llevaran a la constitución de una especie de sindicato de países compradores, dispuestos a luchar en orden cerrado contra la decisión de poner cortapisas a la exportación de más crudos. En cuanto a la utilización del petróleo como arma política en el marco de una estrategia común contra Israel, el representante de Arabia Saudita, Chej Ahmed Zaqui Yamani, se negó en redondo a considerarla.

Pero si el petróleo es arma que se excluye del arsenal árabe, queda la de una fabulosa acumulación de dólares procedentes de su venta. Acaso esa artillería pesada no sea ajena a las dolencias del dólar, por cuanto en los momentos álgidos de la crisis monetaria de febrero, que hizo tambalearse las economías norteamericana y europea, se señaló una masa de dólares—unos 70.000 millones—depositados en bancos centrales. Los movimientos de uno a otro país de esos dólares podían provocar—quizá provocaron—oscilaciones monetarias difíciles de contrarrestar. Dígalo si no la República Federal. Y en este orden de ideas cabe recordar que la mera amenaza del general Gadhaffi de retirar del Banco de Inglaterra los capitales libios allí depositados tornó al Gobierno de Londres muy cauto en el conflicto entre Trípoli y la British Petroleum. Por lo tanto, se deduce que, manejada con habilidad, energía y perseverancia, en un marco de solidaridad, que, claro, es lo difícil, el arma petrolífera podría dar mucho de sí.

Así lo ha entendido el inteligente sha de Irán, que, por su parte, después de retocar y pulir con las compañías presentes en su país, agrupadas en un consorcio, el acuerdo de principio a que habían llegado en Saint-Moritz, que tendía a armonizar las aspiraciones nacionales iraníes y los intereses del consorcio, ha logrado el 21 de marzo que Teherán asuma el control de la propia industria petrolífera. La fórmula adoptada es la creación de una

nueva sociedad, con sede en Teherán, que agrupa el consorcio y la Iran National Oil Company (INOC) y en la que la sociedad de Estado tendrá el 51 por 100, lo que equivale a una aplicación inmediata del «acuerdo de Nueva York». En contrapartida, la producción pasa de 5,5 millones de barriles diarios a ocho millones dentro de dos años. Ello permite a Estados Unidos paliar un tanto y por unos años la crisis del petróleo, y a Irán, crear una sólida infraestructura con ayuda técnica extranjera. Ya lo ha conseguido en parte con la inauguración del grandioso puerto petrolífero de la isla de Jarg, mientras se ha acometido la construcción del puerto de Javaneh, cerca del océano Índico, sin mengua de que se ponga en marcha el proyecto de convertir a Irán en gigante de la industria petrolífera. El sha ha llegado a este resultado sin estridencias y dando a los miembros del consorcio el título de «clientes privilegiados», que no hubieran ostentado a partir de 1979 de no haberse avenido en lo inmediato a renovar los acuerdos anteriores.

Bien para limitar la OPEP su reivindicación al ámbito de un reajuste de precios, bien para tratar de meter de rondón en la reivindicación el «acuerdo de Nueva York», en Viena pidió, en abril, a las compañías que presentaran «propuestas dignas de ser tomadas en consideración» antes de la conferencia extraordinaria de países exportadores, anunciada para el 7 de mayo en Trípoli. La firmeza de la OPEP ha surtido efecto. El 4 de mayo, las compañías, empezando por la British Petroleum, han hecho nuevas ofertas y la conferencia de Trípoli se ha visto sustituida por nuevas negociaciones.

¿Lograrán éstas la «compensación total» que reclaman los países exportadores para curar la herida de la última devaluación del dólar? ¿Se dará con una fórmula susceptible de impedir que eventuales nuevas oscilaciones monetarias incidan en la cuantía real de los «royalties»? Frente a la necesidad de petróleo del mundo occidental, la OPEP está en posición de fuerza. La conservará si no mina la unidad de acción el interés nacional, que suele hacer acto de presencia llegada la hora de la negociación conjunta.

EL CONFLICTO LÍBANO-PALESTINO

Consecuencia de la propaganda turística, durante años, mencionar el Líbano era evocar cedros, hoteles de lujo, salas de fiesta y juego de Beirut, y acaso las ruinas de Baalbek. Periodistas propensos a echar mano de tópi-

cos lo definían «un país joven que tiene seis mil años» y «la Suiza del Cercano Oriente» en razón de su prosperidad y paz. Completando esa visión placentera, se ponderaba la Constitución libanesa, que resuelve el delicado problema de una ordenada convivencia de dos comunidades religiosas en tiempos antagónicas: la cristiana de rito maronita y la musulmana. Por no haber participado en el conflicto árabe-israelí de 1967—ni en el de 1956—, el Líbano parecía estar a salvo de complicaciones con su vecino del Sur, Israel, y hallarse en óptimas condiciones de seguir siendo el atractivo país de los cedros y la pacífica andadura suiza en medio de las borrascas de una tumultuosa región. La presencia en suelo libanés de refugiados palestinos, y por consiguiente de guerrilleros, ha dado al traste con la tranquilidad del Líbano y amenaza una situación que se ha calificado de próspera por la tendencia a sacar conclusiones de orden general después de observar—superficialmente las más de las veces—una parte del todo, en este caso Beirut y grandes ciudades libanesas. Es un modo de falsear la realidad como otro. También es falsearla reducir el problema de las tensiones entre el Líbano e Israel a los términos siguientes: son las acciones de los *feddayins* las que provocan represalias israelíes intolerables para el Gobierno y pueblo libanés y que ponen en peligro la soberanía del país. Es más, es también falso limitar la cuestión a dos factores, *feddayins* e israelíes, que al chocar entre sí convierten al Líbano en víctima de un conflicto en el que no tiene ni arte ni parte. Luego, eliminando uno de estos dos factores, el *feddayin*, que «actúa como un ejército de ocupación», según dijera el presidente Franjeh, el Líbano podría ser de nuevo el pacífico país de los cedros y «la Suiza del Cercano Oriente». Porque eliminar a Israel es harina de otro costal.

Tal como las agencias informativas vienen presentando el conflicto líbano-palestino, iniciado el 2 de mayo con el secuestro de dos soldados libaneses por un comando, la salvación del Líbano como país soberano pasa incuestionablemente por el aplastamiento de la resistencia palestina. Una vez logrado, la paz y la seguridad tendrán de nuevo su asiento en un Líbano a salvo de todo riesgo de nuevos golpes de Israel. Pero la saña con que Israel ha castigado al Líbano por las acciones de los comandos palestinos—castigos absolutamente sin proporción con el daño sufrido—y el empeño en afirmar que el Líbano es la base operativa de tales comandos—¡la única!—hacen sospechar que el objetivo perseguido con las «réplicas» israelíes no es exclusivamente llevar Beirut a poner coto a aquellas acciones.

En efecto, el Líbano es centro financiero de primera magnitud en el Cercano Oriente, gran mercado de divisas, bastión del sistema bancario mundial en la región, con sus setenta y pico bancos que tienen su sede o sucursal en Beirut—que es puerto franco—, y cuya renta nacional proviene en un 70 por 100 de servicios bancarios o comerciales. Son circunstancias que hacen sombra a Israel, por cuanto el Líbano se impone como competidor en un ámbito en el que Israel persigue detentar en su día la exclusiva regional. Los *feddayins* y sus arañazos son motivos que le vienen a pedir de boca a Israel para darle zarpazos al molesto vecino, al que no ha metido una dentellada territorial porque las señaladas circunstancias financieras y comerciales otorgan a ese vecino el vigilante amparo de las potencias occidentales—la de Francia en primer término—y de los Estados Unidos, donde el capitalismo libanés tiene peso específico. Por ello cabe dudar de que le convenga a Israel que el Líbano salga vivo y coleando, como por lo pasado, de su actual conflicto armado con los palestinos. Neutralizados o aniquilados éstos, Israel ya no podría picotear al Líbano y eventualmente sacar tajada territorial al socaire de ataques terroristas allí originados.

Sin embargo, parece una optimista consideración del futuro pensar que, resuelto el pleito actual con un acuerdo más duradero que el de El Cairo (3 de noviembre de 1969), no volverán a darse tensiones en el Líbano. La dimisión del Gobierno de Amin El Hafiz, la imposibilidad de formar otro, el Parlamento, que prácticamente no funciona; los plenos poderes concedidos al ejército y las pesimistas declaraciones del mediador egipcio, Hasan El Sabry, sobre la fragilidad del alto el fuego del 9 de mayo son exponentes, entre otros, de que en el horno libanés no se cuece sólo el bollo palestino.

De hecho, más allá de un hermoso y hasta deslumbrante escaparate urbano está la realidad de un país subdesarrollado, de unos tres millones de habitantes, en el que hay medio millón de «económicamente débiles» o necesitados. El malestar existente pudo echarse de ver en enero de 1972 con la revuelta de los obreros agrícolas de la región de Akkam, que protestaban por sus míseros salarios. Y también con la huelga de la casi totalidad de profesores y maestros del pasado enero, por el mismo motivo. Es decir, que, originado por condiciones sociales y económicas derivadas del «sistema» imperante, existe en el Líbano, cuando menos, descontento. No lo provocan los palestinos, aunque éstos den pábulo a las reivindicaciones e inquietudes de sectores no menguados del país, donde la antigua división

entre cristianos y musulmanes resulta sustituida por la división entre «progresistas» y «conservadores», que ha derribado barreras religiosas para crear otras nuevas.

Es un problema de crisis interna latente que, superado el que plantean los palestinos, no parece que haya de resolverse atrayendo de nuevo a los turistas, imponiendo el orden a tiros o con detenciones y reanudando, como si tal cosa, la habitual actividad bancaria y comercial del capitalismo cegato. Porque más allá de la espectacular y cruenta oposición al Gobierno libanes de los palestinos—que pretenden no sólo liberar a su país, sino el Cercano Oriente «conservador»—está la oposición libanesa, fruto de una situación económica y social rebasada por la evolución política, singularmente la evolución de la juventud. Las barbas peladas de no pocos dirigentes árabes—los de Irak, Egipto, Yemen y Libia, en particular—deberían incitar a los dirigentes libaneses a cuidar de las suyas. No sólo los *feddayins* y los israelíes las ponen en peligro, sino también la ficción de que el país no tiene otro mal que esos huéspedes molestos o revoltosos que son los palestinos, los cuales, cuando se hayan puesto en razón, permitirán que en «la Suiza del Cercano Oriente» determinados sectores sigan prosperando a la sombra de los cedros milenarios y al calor de operaciones financieras, bancarias y comerciales.

BREZNEV, EN LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA

Pasando de vuelo—otra cosa no cabe en estas notas—por el viaje que Leónidas Breznev ha hecho a la República Federal Alemana del 18 al 22 de mayo, se evidencia que en materia técnica, cultural y aérea todo fue coser y cantar; mejor dicho, reunirse y firmar. El trámite no hubiera justificado la presencia en Bonn del secretario del Partido Comunista soviético. Los acuerdos ya estaban rubricados y resultaban de negociaciones en las que la URSS se dio buena maña para mostrar cuán importante era que accediese... a lo que deseaba conceder. Pero cuando fueron al grano de la cooperación económica, las conversaciones Brandt-Breznev y sus respectivos expertos dejaron de llevarse a paso de carga. Aun siendo tal cooperación el meollo de la visita de Breznev, y aunque los medios industriales y financieros germanos la abordaran con el entusiasmo que suscitan grandes negocios a la vista, era preciso no descuidar modalidades y pormenores de unos compromisos que, según dijera Breznev, podían tener una duración de hasta treinta años. En realidad, más que levantar un edificio de nueva

planta, se trataba de consolidarlo y ampliarlo con unos vastos anexos. En efecto, la República Federal es el primer socio comercial de la URSS (los intercambios en 1972 fueron del orden de 82.600 millones de pesetas) y el capital alemán ya se ha movilizado para sacarla, en definitiva, de su atascado desarrollo, lo que no dejará de proporcionar pingües beneficios a ese capital. Así, la firma Daimler-Benz ha puesto manos y dinero a la obra para construir en la región del Volga una fábrica de camiones susceptible de producir 550.000 unidades anuales, y Salzgitter y Korf se disponen a crear en la región de Kursk el mayor complejo siderúrgico del mundo, entre otras cooperaciones menos espectaculares, pero no menos dignas de ser tomadas en cuenta.

Todo ello pone de manifiesto lo señalado por economistas avisados, a saber: que el marxismo, por mucho que se califique de «científico», si bien puede acelerar fases iniciales de desarrollo—acaso a costa del factor humano—, llegado a cierto punto de ese desarrollo no tiene efectos estimulantes para que siga adelante, salvo si se modifica algún que otro de sus principios. Es la reconversión a la que está procediendo la URSS con ligeros toques. Leche nutritiva para el tierno infante, el marxismo frena el crecimiento económico de mantenerse estrictamente ese régimen lácteo. Y en todos los aspectos de su economía la URSS ha tenido que recurrir a la sustancial papilla capitalista, bien europea, bien norteamericana o japonesa. Por tanto, sin la cooperación foránea, aparte de pasar la pena negra para dar pan al pueblo, la URSS no podría a la larga seguir desempeñando el papel de superpotencia, que no sólo se calibra en términos de armamento convencional o nuclear. Además del arte de lo posible, la política es el de acatar los imperativos de la necesidad. La maestría consiste en enmascararla con palabras cuales paz, seguridad y cooperación, que es lo que hace la URSS con incuestionable habilidad. Ciertamente le facilita la tarea el culto reverencial al negocio del mundo occidental. Es un roto que se compagina perfectamente con el descosido soviético. Alemania Federal no constituye una excepción y hasta quedaría por carta de más en la gran partida económica y comercial que se está jugando. De ahí que el mundo germano de las finanzas, la industria y el comercio se haya encandilado con las amplias perspectivas que brinda la explotación de los grandes recursos de la URSS y singularmente de Siberia.

Logrado el acuerdo de cooperación económica, quedaba el rabo por desollar de la visita de Breznev a ese Berlín Oeste cuyos problemas no ha

resuelto la ratificación, el 11 de mayo, de la Ley Fundamental o Tratado Básico Interalemán. Se ha dicho hasta la saciedad que Berlín es el punto débil de la *Ostpolitik*. Se impone, llegada la hora de que la República Federal dé un aldabonazo a la puerta de las Naciones Unidas. Porque, inexcusablemente, hay que contestar a la pregunta: ¿representará Bonn a Berlín Oeste? El Berlín Este no plantea problemas. Tiempo ha que esa zona de ocupación soviética está integrada en la República Democrática, al extremo de mantener ésta un muro que, con más propiedad que «de la ver-güenza», debería llamarse «de la claridad». En cambio, no está tan clara la situación de Berlín Oeste, zona de ocupación de los tres aliados occidentales, a pesar del acuerdo cuatripartito del 3 de septiembre de 1971. Ya se admitió al firmarse que era un compromiso entre tres tesis enfrentadas, de las que hay que destacar la de la República Federal, que ha pretendido considerar a Berlín Oeste parte de su territorio, casi un undécimo «land». Lo dio por sentado en el artículo 23 de la Ley Federal de 1949. Cuando intentó incluirlo en la Constitución de 1950, los aliados suspendieron la validez de ese artículo y recordaron que Berlín es un territorio dotado de un estatuto particular, que depende de la autoridad de ocupación, aunque esté vinculado Berlín Oeste a la República Federal. Es más, el convenio firmado entre Bonn y los tres aliados occidentales el 26 de mayo de 1952 remachaba el clavo. Los hechos han venido refrendando la tesis occidental: «Berlín es diferente», dado que los jóvenes berlineses no hacen el servicio militar y los diputados de Berlín no tienen en el Bundestag los mismos derechos que los diputados federales. Vanos fueron los esfuerzos de Bonn para hacer de Berlín Oeste una ciudad más del territorio federal mediante reuniones parlamentarias, conferencias gubernamentales y hasta la elección de un presidente, ello merced a la vista gorda hecha por los occidentales y pese a las rabietas de Moscú y Pankow. El acuerdo de 3 de septiembre de 1971 —en el que se ha escudado Breznev— no modificó sustancialmente la situación por no derogar el estatuto particular de Berlín Oeste, aunque reconocía su vinculación a la República Federal. Fue la única concesión que hizo a la postre la URSS: confirmar un *statu quo*.

Desde aquella fecha la URSS no ha dado señales de variar un ápice su postura en esta cuestión. Ni parece que las dará, por mucha cooperación que le echen. «El punto de vista soviético es completamente claro —dijo el 21 de mayo el malhumorado portavoz de Breznev— y consiste en acatar estrictamente la letra y el espíritu de los acuerdos.» Pero la declaración

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

del ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal, Walter Schell, sobre la conveniencia «de reconocer por encima de la letra de los acuerdos cuatripartitos sobre la antigua capital del Reich los lazos que la unen a la República Federal» sugiere que, aunque Bonn represente finalmente en la ONU a Berlín Oeste, Berlín Oeste sería el «busilis» de la cooperación germano-soviética, por poco que a Bonn se le antojara pedir puntualizaciones a las que parece haber renunciado. ¡Resulta evidente que «más vale no meneallo»!

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA